



DRAMATURGIA

**JORGELINA
CERRITOS**

Borrador de
Mujeres en el Mito

Teatro dentro del Teatro

LOS DEL
QUINTO PISO

Borrador de Mujeres en el Mito
Teatro dentro del Teatro

Publicación DiGiTal

Los del Quinto Piso

DRAMATURGIA

El Texto incluido en esta edición fue escrito en 2017 y es propiedad intelectual de Jorgelina Cerritos. Para montaje, representación o lectura pública comunicarse con la autora: [didascalia.jorgelinacerritos@gmail](mailto:didascalia.jorgelinacerritos@gmail.com)

Jorgelina Cerritos

Dramaturga y actriz salvadoreña. Premio literario Casa de las Américas (Cuba, 2010), Premio Latinoamericano de Teatro George Woodyard (EEUU, 2011), Premio Bienal Internacional de Dramaturgia Femenina “La escritura de las diferencias” (Italia-Cuba, 2012), para sus obras *Al otro lado del mar*, *Vértigo 824* y *La audiencia de los confines*. Primer ensayo sobre la memoria, respectivamente. Es autora de más de treinta piezas de teatro, algunas de las cuales han sido publicadas en El Salvador y en editoriales internacionales como Paso de Gato y Fondo Editorial Casa de las Américas. Fundadora del colectivo de teatro *Los Del Quinto Piso* (2007). Entre los años 2012-2017 escribe la Trilogía de ensayos sobre la memoria: *La audiencia de los confines*, *Bandada de pájaros* y *13703. El misterio de las utopías*. En 2018 inicia su proyecto *Didascalía*, con el propósito de crear un espacio permanente para la formación en escritura dramática. En 2019, junto a Los Del Quinto Piso e Índole Editores, inicia el proyecto editorial *Cuadernos de Dramaturgia Centroamericana*, cuyo objetivo es presentar y visibilizar la producción centroamericana de textos dramáticos.

Borrador de
Mujeres en el Mito
Teatro dentro del Teatro

JORGELINA CERRITOS

Borrador de Mujeres en el Mito Teatro dentro del Teatro

*“Por Alah, padre, cásame con el rey,
porque si no me mata
seré la causa del rescate
de las hijas de los musulmanes
y podré salvarlas de entre las manos del rey.”*

*Scheherezade
Las mil y una noches*

La escritora frente a una antigua máquina de escribir.

Teclea: “Estos son cuentos viejos.

Historias que ya no son”.

Escribe febrilmente mientras se desvanece...

GUIRNALDAS BAJO LA LUZ QUE PARPADEA

o La mujer del trapecio

*A la memoria del Maestro
Orlando Amílcar Flor*

Personajes:

La Actriz

Ofelia

La Madre

El Maestro Muerto

El espacio de la acción será el espacio de la representación, es decir, el teatro.

En escena, un trapecio y un tocador.

SOMBRAS

Sobre un taburete, La Actriz a medio vestir. De bruces sobre el tocador. De algún lado, el sonido de una gota y las aspas de un ventilador; por lo demás silencio. De golpe, un estruendo. La Actriz reacciona y cae.

Sobre el taburete, La Actriz a medio vestir, de bruces sobre el tocador. De algún lado, el sonido de una gota y un ventilador, por lo demás silencio. De golpe, un estruendo. La actriz reacciona y cae. De nuevo el estruendo. La Actriz reacciona y cae. Estruendo. Reacciona y cae. Estruendo. No reacciona.

Sobre el taburete La Actriz de bruces sobre el tocador. De algún lado la gota y el ventilador, por lo demás silencio. De golpe el estruendo. La Actriz no reacciona. En el espejo, su imagen.

Sobre el taburete La Actriz de bruces. En el espejo su imagen. De algún lado la gota y el ventilador. Silencio. Estruendo. El espejo se rompe.

Apagón.

GUIRNALDAS

En un trapecio, Ofelia con un vestido blanco que casi roza el suelo. Flores adornan su cabeza.

Ofelia: Rueda la ruela que canta
Canta la ruela al destino
La vieja oscura bosteza
La niña aprovecha el descuido.
Sube a las ramas más altas
Desde donde mira el río
Cual espejo lentejuela
Que ofrece sus blancos lirios.

*Al momento de mirarme
No brames hermano querido
Me fui cantando en las aguas
De mi río coralino.*

Sola cual triste doncella
Sufre su cruel desatino
El padre a metros de tierra
El hombre amado se ha ido
El dulce hermano de infancia
En adioses convertido
La niña, guirnalda de flores,
Perdida en tiempos antiguos.
Rueda la rueda que canta
Canta la rueda al destino
La vieja oscura tejiendo
La niña sostiene los hilos.

*No llores hermano del alma
Pues tan doloroso no ha sido
Me fui cantando en las aguas
De mi río coralino.*

Irrumpe La Madre.

La Madre: “Desgracia tras desgracia se atropellan: ahogada ha muerto tu hermana. A orillas de un arroyo crece un sauce que copia en el cristal sus blancas hojas... y al colocar sus guirnaldas en las ramas, se desgarran... su ropaje extendido sobre el

agua... cual sirena antiguas coplas va cantando... mojados sus vestidos, ya le pesan, y cantando se sumerge la infeliz en el inmundo cieno”.*

El Maestro Muerto pasa al lado de La Madre, comiendo un trozo de queso seco y pan.

Caen pétalos.

PARPADEOS

La Actriz, sobre el taburete a medio vestir y de bruceas sobre el tocador. Se escucha el sonido de una gota y las aspas de un ventilador. La luz por intervalos, parpadea. Suena la alarma del celular. En el espejo su imagen reacciona y se empieza a maquillar.

La Actriz, en el espejo:

“... se murió y se fue, señora, se murió y se fue: el césped cubre su cuerpo; hay una piedra a sus pies... ¿No podrá jamás volver? ¿No podrá jamás volver? No, que cadáver está. Termine su vida ya, que ya no puede volver...”*

El Maestro Muerto, mientras continúa comiendo su queso y su pan:

“Blanca su barba de nieve, blancos sus cabellos son; pero ya se fue, se fue; mi llanto amargo enjugué. ¡Que Dios le dé su perdón!”*

La Actriz, en el espejo:

“Y a todas las almas cristianas, como se lo pido a Dios.”*

La alarma no ha dejado de sonar. La Actriz reacciona. Su imagen desaparece del espejo. El Maestro Muerto desaparece también. La luz deja de parpadear. Sigue maquillándose.

La Actriz: No llores hermano del alma
Pues tan doloroso no ha sido
Me fui cantando en las aguas
De mi río coralino.

Irrumpe La Madre.

La Madre: “Desgracia tras desgracia se atropellan: ahogada ha muerto tu hermana. A orillas de un arroyo crece un sauce que copia en el cristal sus blancas hojas...”

La Actriz, sin percibirla, continúa:

“...y al colocar sus guirnaldas en las ramas, se desgarran... su ropaje extendido sobre el agua... cual sirena antiguas coplas va cantando...”

Ambas: “...mojados sus vestidos, ya le pesan, y cantando se sumerge la infeliz en el inmundo cieno”.

Desde la penumbra se escucha la voz de El Maestro Muerto.

El Maestro Muerto: Representación. ¡Representación!

La Actriz deja de maquillarse. Alerta, recorre el teatro con la mirada. Escucha. La gota y el ventilador, por lo demás silencio. La luz parpadea. Ella retoma el maquillaje. De golpe un estruendo. La actriz reacciona. Ofelia cae del trapecio.

Irrumpe La Madre. Mira la escena. Ofelia en el suelo. La Madre, llorando, sale.

Pedacitos de periódico caen bajo la luz que parpadea.

La Actriz, ensaya:

“Yo soy aquella que el río no contuvo. La mujer colgando de la soga. La mujer con las arterias abiertas. La mujer de la sobredosis. La mujer con la cabeza en el horno. Ayer por fin dejé de suicidarme. Arranco las puertas para que el viento deje entrar al grito del mundo. Destrozo la ventana. Tiro mis vestidos al fuego y salgo a la calle, vestida con mi propia sangre”. **

Desde algún lugar del teatro, la voz de El Maestro Muerto. La luz parpadea.

El Maestro Muerto: Debería probar otra cosa

La Actriz escucha atenta. No se escucha la gota ni el ventilador, sólo el silencio. En el ambiente, el eco de su propia voz.

La actriz: ¡Ya era hora!

Sigue el silencio.

Eco de pasos corriendo.

La actriz: ¡Vienen tarde!

Silencio.

La actriz, continúa:

“Tiro mis vestidos al fuego y salgo a la calle, vestida con mi propia sangre.”**

Repentinamente, frente a ella, El Maestro Muerto. Sobre una mano sostiene su otro brazo, inerte.

El Maestro Muerto: Otra cosa debería probar.

La luz se va.

TRANSGRECCIONES

Ofelia sentada en el trapecio, como muñeca en su columpio, con su vestido roto y sus guirnaldas deshechas. La Madre la mece.

La Madre: “Desgracia tras desgracia se atropellan: ahogada ha muerto tu hermana... desgracia tras desgracia se atropellan: ahogada ha muerto tu hermana...”

La Actriz recorta, compulsivamente, noticias de periódico, hasta volverlas pedacitos muy pequeños. La Madre sigue meciendo a Ofelia.

La Actriz: Te cuento que estoy en terapia desde hace tres semanas porque entré en crisis nerviosa; no dormía, lloraba todo el día. Me entró la depresión reprimida de todos estos meses, de todos mis duelos, de todas mis nostalgias. Rivotril para dormir, sertralina para la serotonina y pregabalina, que en realidad es más para epilépticos, pero ayuda al sistema nervioso, o algo así. El médico me dijo que no le gustaría recetarme tanto, pero era tanta mi lloradera y mi estado fatal que no tocaba de otra. Comencé a hacer ejercicio intensivo desde hace una semana porque me conozco y sé que me ayuda. Me voy a un parque bonito, corro y hago ejercicio en las máquinas que hay ahí. Hoy, mientras corría, lloraba con una nostalgia que no paraba, pero que me hacía sentirme viva a la vez.

La Madre se detiene.

La Madre: Yo soy la madre borrada de la historia. Tuve que robarle las palabras a Gertrudis para poder llorar la muerte de mi hija porque nadie escribió mi propio lamento. Aparezco y desaparezco en la misma parte de la historia, cada vez que escucho lo más triste y horroroso, y repito sin pensarlo: “Desgracia tras desgracia se atropellan: ahogada ha muerto tu hermana”. Tu hermana. Nunca encontré la manera de transgredir las palabras por eso sólo me las robo. Mi hija. Ha muerto mi hija. Ahora soy madre y no soy madre al mismo

tiempo. Madre porque tuve una hija y no madre porque ya no la tengo.

La Actriz: Hablando de hombres miserables, te cuento que con E y posiblemente con A, vamos a demandar a F por abuso sexual, laboral y demás, y paralelamente quiero hacer lo mismo con S, por abuso sexual, psicológico y acoso. Ay, mi niña, sacando cuentas, cómo no estar tan empastada, ¿verdad, vos?, tan llorona y tan frustrada, tan colérica, tan mal, tan así.

Ofelia: Soy la hija borrada de mi madre. Y ella es la madre borrada de la hija. No tengo nada ni nadie que perder. Entonces, transgredo. Decidieron que no pienso en ella a la hora de mi muerte, ¿quién lo dice?, sino en los hombres que me aman, y que por amarme me lastiman. No me amen tanto padre-amante-amado-hermano, que el amor que me tienen me estremece más que el agua. Quise a mi lado la fuente de mi madre para cantar con ella la última canción. Y transgredo.

La Actriz: Hay veces que me dan ganas de salir corriendo. Y el puto frío que siempre tengo adentro, yo que soy tan tropical. Ahorita como vengo de correr no lo siento, pero cuando me baje el calor moriré bajo mis colchas. También tengo una hija, mi gata, se llama Lola, tiene siete meses. Ella sí es un amor.

La Madre y Ofelia:

Rueda la rueca que canta

Canta la rueca al destino
La vieja oscura tejiendo
La niña sostiene los hilos.

La Actriz: Como el *Facebook* tiene la linda función de indicarte quién ya te vio, pues me di cuenta que todas me vieron y nadie respondió, nadie. Me sentí tan triste, tan sola. Sentí que cometí el error que cometo siempre, abrirme mucho y de una sola vez, y la gente no lo recibe igual, no hay reciprocidad, bien loco porque fue justo lo que sí nos pasó a nosotras dos aquella madrugada.

Ofelia: La niña sostiene los hilos.

La Actriz: Yo a veces, casi siempre, me siento sola de amigas, así que, qué más que tenernos a nosotras dos, mi dulce mujer.

Ofelia y La Madre: Qué más que tenernos a nosotras dos...

La Actriz deja sus recortes de periódico en el suelo. Se acerca a Ofelia que sonríe como muñeca en su columpio. La besa apasionadamente. Ve a La Madre. Ella se acerca. También la besa.

OTROS TIEMPOS

El Maestro Muerto, bajo una luz resplandeciente, se hace sombra en los ojos con la mano de su brazo sano.

El Maestro Muerto: Eran otros tiempos aquellos. Otros tiempos. Los muchachos se tiraban a las calles. Se las tomaban. Las muchachas también. Quizás eran ellas las más aguerridas. Las huelgas, las manifestaciones, la organización, la clandestinidad. Era vencer o morir. Torturados. Desaparecidos. Muchos cayeron. Ahora el teatro se mueve diferente. Eran otros tiempos aquellos. En la calle se vivía el drama, y la tragedia. Acción, acción, un par de textos, una acrobacia, tres consignas, una pinta y a salir corriendo. Muchos cayeron. Después de las manifestaciones desaparecieron. Hubo de todo. Unos se fueron, otros le hicieron güevos. La manza, Cabrera, el chele Umaña, Pastore, Tenorio, Barrera, la Tere, los Soles, la Anita, Dinora, las Contreras... Ahora el teatro se mueve diferente... Debería probar otra cosa. Otra cosa debería probar... Este teatro también era diferente... ¿o no era este? No, no era éste... me estoy confundiendo con el del centro, el Nacional, frente a la plaza... cerca de la Darío, de ahí bajaban las manifestaciones hasta Catedral... Sí, frente a la plaza Morazán... por eso me parecía diferente... pensé que lo estrechito de donde vivo ahora me hacía sentir todo más pequeño, qué baboso... En fin, como sea, ahora el teatro se mueve diferente. Antes era más simple, “un teatro pobre más no un pobre teatro”... así se pensaba en aquel tiempo... sin tanta gala ni tanto alarde... sólo con el alarde de la persecución y de la muerte... alarde más pendejo... Lo que no cambia desde entonces en el teatro es el hambre, eso sí. En aquellos tiempos le decía a los muchachos que siempre llevaran un pedazo de queso seco y de pan, es bueno para evitar la

gastritis. Ojo, eso no cambia. Ande siempre su pedazo de queso seco y de pan.

La luz empieza a parpadear.

El Maestro Muerto: Ande siempre su pedazo de queso seco y de pan.

La luz se apaga.

El Maestro Muerto: Su pedazo de queso seco y de pan.

Se aleja comiendo.

OFELIAS

La Actriz hace flores con los recortes de periódico que dejó en el suelo.

Ofelia mece a La Madre en el columpio.

La Actriz: Rueda la rueda que canta

Canta la rueda al destino

La vieja oscura bosteza

La niña aprovecha el descuido.

Ofelia: Subo a las ramas más altas

Desde donde miro el río

Cual espejo lantejuela

Que ofrece sus blancos lirios.

La Madre: Desgracia tras desgracia se atropellan, ahogada ha muerto...

Ofelia: Cuando sepas de mi muerte
No pienses, cuánto ha sufrido
Mi niña cantando en las aguas
De su río coralino.
No fui la triste doncella
Sufriendo su cruel desatino
Por el padre que no tengo
Por el hombre amado ido
Por el hermano de infancia
En adioses convertido.
No fui la niña guirnalda
Soy madre e hija perdida
Torciendo la mano al destino

La Actriz: Rueda la rueca que canta
Canta la rueca al destino
La vieja oscura tejiendo
La niña enreda los hilos
No llores madre de mi alma
Yo misma lo he decidido
Poseo, por ley de mi cuerpo,
El cuerpo que muere conmigo.

La Madre: ...ahogada... ha muerto... mi hija.

ESPEJO

La Actriz en el tocador. En el lugar del espejo, El Maestro Muerto.

La Actriz: ¿Maestro?...

El Maestro Muerto: Señorita

La Actriz: ¿Es usted?

El Maestro Muerto: No quise interrumpirla

La Actriz: ¿Era usted... el de los ruidos...?

El Maestro Muerto: Estaba un poco desorientado...

La Actriz: ¿De verdad... es usted...?

El Maestro Muerto: Me equivoqué de teatro, disculpe

La Actriz: Tiempo sin verlo...

El Maestro Muerto: Pero cuando no vi los palcos ni la pintura del
techo...

La Actriz: ¿Andaba en el del centro?

El Maestro Muerto: Perdido

La Actriz: Perdone pero... ¿Y cómo es que usted...?

El Maestro Muerto: Por la costumbre. ¿Este es nuevo?

La Actriz: No... ¿No lo recuerda?... Ya tiene diez años

El Maestro Muerto: ¡Diez años! Ha pasado tiempo

Pausa.

El Maestro Muerto: ¿Y hoy qué hay?

La Actriz: Ensayo

El Maestro Muerto: Qué bien, por si no puedo volver el día de la
función.

Silencio

La Actriz: Y usted... ¿me decía...?

El Maestro Muerto: Que me había equivocado de teatro

La Actriz: Antes de eso

El Maestro Muerto: ¡Ah, me escuchó!

La Actriz: Algo me pareció

El Maestro Muerto: Olvídelo, lengua necia de viejo necio

La Actriz: ¿Tan mal estoy?

El Maestro Muerto: No... no... para nada... es sólo que...

La Actriz: Que ahora se mueve diferente

El Maestro Muerto: Hay que saber moverse

La Actriz: ¿Le parece?

El Maestro Muerto: Dígame usted

La Actriz: ¿Y hacia dónde?

El Maestro Muerto: Dígame usted

Silencio

El Maestro Muerto: ¿Qué obra es?

La Actriz: Es... No sé...

El Maestro Muerto: Al principio eso pasa

La Actriz: Algo de guirnaldas, parece

El Maestro Muerto: Algo así escuché

La Actriz: Todavía se está escribiendo

El Maestro Muerto: Ya no

La Actriz: Sí, todavía

El Maestro Muerto: Ya la terminaron

Pausa

La Actriz: Disculpe maestro, ¿y cómo es que usted...?

El Maestro Muerto: ¿Y qué personaje?, disculpe usted

La Actriz: Ofelia

El Maestro Muerto: Ofelia

La Actriz: Pero una Ofelia de ahora.

El Maestro Muerto: Por eso la mezcla

La Actriz: Sí

El Maestro Muerto: Eso pensé

La Actriz: Pero tengo la sensación que la acción no avanza

El Maestro Muerto: Eso es normal

La Actriz: ¿Le parece?

El Maestro Muerto: Dadas las circunstancias

La Actriz: ¿De Ofelia?

El Maestro Muerto: No. Las tuyas

La imagen de La Actriz en el espejo.

La Actriz: Yo soy la del río, la de la sogá, la de las flores, la de las pastillas, la de la anorexia, la de la guerra, la repatriada, la pandillera. La que cayó muerta en los brazos de cualquiera, la que murió en el hospital con la cara deshecha, la que murió de parto, la que llora de miedo por dejar la comida salada, la que se acuesta cansada y el dinero no le alcanza, la que abre las piernas cuando no tiene ganas, la que se fuga sin causa, la que corre y corre y nunca llega a casa, la que se mata, la que se ahoga, la que finge, la que no sabe siquiera como se llama. La que se le quiebran las uñas y la espalda. La que llora sin lágrimas y siempre dice que no pasa nada. La loca, la puta, la zorra, la tonta, la preñada, la abandonada, la que lleva en la cabeza una maraña, la que tomó una sola decisión en la vida y a la hora de las horas también le fue negada.

Ofelia y La Madre: Poseo, por ley de mi cuerpo, el cuerpo que muere
conmigo.

SOSPECHAS

La Actriz y El Maestro Muerto bajo la luz intermitente.

La Actriz: Maestro...

El Maestro Muerto: ¿Señorita?

La Actriz: ¿Por qué estoy hablando con usted?

El Maestro Muerto: Pues... porque... ¿por qué cree usted?

La Actriz: ¿Por qué?

Silencio

La Actriz: Maestro...

El Maestro Muerto: Porque como al Príncipe Hamlet, me tocó venir a
visitarla

La Actriz: ¿Para decirme?

Silencio

La Actriz: Maestro

Pausa

El Maestro Muerto: Que todo buen teatro debe tener un buen fantasma.

La Actriz: Pero usted se equivocó de teatro, me dijo.

El Maestro Muerto: Este no es mi teatro señorita, éste es el suyo.

ASESINATO

La Actriz a medio vestir de bruceas sobre el tocador. La gota. El ventilador. El estruendo. Ella reacciona y cae. Ruedan muchísimas pastillas.

La imagen de Ofelia y La Madre en el espejo. Empiezan a caer pétalos.

La Actriz: No, yo no... no puede ser...

El Maestro Muerto: Andaba pensando en suicidarse.

La Actriz: Pero no lo hice

El Maestro Muerto: No. No lo hizo usted.

La Actriz: Me vine temprano porque quería estar sola y me traje las pastillas para tranquilizarme...

El Maestro Muerto: Se oía una gota y las aspas del ventilador

La Actriz: Estaba lloviendo, pero no se espantaba el calor...

El Maestro Muerto: Aparte de eso, silencio

La Actriz: Quería vestirme de velos y guirnaldas, y a falta de sauce, balancearme en el trapecio mientras esperaba...

El Maestro Muerto: De repente un estruendo

La Actriz: Derribaron la puerta

El Maestro Muerto: Creyeron que no había nadie en el teatro.

La Actriz: Creí que era una broma de mis compañeros, llegando

El Maestro Muerto: Se ocultaron

La Actriz: Al verme me golpearon

El Maestro Muerto: Entre todos la violaron

La Actriz: Ustedes son putas, me gritaron

El Maestro Muerto: Después un disparo

La Actriz: Y el golpe seco de mi cabeza sobre el tocador

El Maestro Muerto: Salieron en fuga

La Actriz: Y las pastillas cayendo...

Silencio

El Maestro Muerto: Antes no pasaban así las cosas. Eran otros tiempos aquellos. La represión, la guerra. Ahora todo se mueve tan diferente.

La Actriz: Vivir esperando...esperando suspendida en un trapecio, como siempre...

Silencio

La Actriz: ¿Por qué? ¿Por qué estoy hablando con usted? Dígame, ¿por qué?

El Maestro Muerto: Porque siempre queremos contradecir la muerte

Ofelia: Me devuelve el río

La Madre: Me suelta la soga

Ofelia: No me miran

La Madre: No me gritan

Ofelia: Me escondo

La Madre: No me encuentran

Ofelia: No me atrapan

La Madre: No me pegan

Ofelia: No me violan

La Madre: No me hieren

Ofelia: No me matan

La Actriz: Yo soy Ofelia, pero no iba a elegir la muerte.

Se sube al trapecio y vuela.

OBITUARIO

El Maestro Muerto: El estreno apareció en el periódico. Algo de trapecios y guirnaldas. Una versión de las mujeres de Hamlet, donde Ofelia era dueña de su cuerpo y que sí hablaba con su madre, y La madre, que no aparece en la historia, se adueñaba de los textos de Gertrudis para poder vivir la muerte de su hija. Más un personaje, el suyo, la mujer del trapecio, todavía sin nombre; una Ofelia moderna inspirada en una de tantas cartas de dolor, escritas por una mujer. La escritora la recibió la recibió un día, de una amiga. Ahora la guarda junto a la foto del estreno que salió en el periódico y que encontró casualmente cerca de un basurero, como un mal recuerdo de lo que sucedió. Un par de años después morí yo y con el tiempo, ella decidió unirnos en esta historia.

La Actriz: Nunca hubiera aceptado ese papel.

El Maestro Muerto: Eso no tuvo nada que ver

La Actriz: Nunca hubiera llegado temprano al teatro. Nunca hubiera querido estar sola. Nunca hubiera pensado en la muerte. Nunca hubiera traído mis pastillas. Nunca me hubiera quedado dormida.

El Maestro Muerto: Piense que sólo es una obra, señorita. Que en otra sigue vivita y coleando.

La Actriz: Y que en esa otra dejo de ser el intento de una mujer con la vida suspendida en un trapecio.

Silencio.

La Actriz: ¿Y en ese brazo, Maestro, qué fue lo que le pasó? Siempre quise saber.

El Maestro Muerto: Esa es otra historia

La Actriz: ¿De otros tiempos?

El Maestro Muerto: De otros

Silencio

La Actriz: Maestro, ¿y si yo no estoy...?

El Maestro Muerto: Está muerta señorita. Todas estas Ofelias lo están.

Pausa

El Maestro Muerto: Al menos ya no tendrá que preocuparse de la gastritis

Silencio

La Actriz: ¿Siente ese olor?

El Maestro Muerto: Es pachuli

La Actriz: ¿Pachuli?

El Maestro Muerto: ¿No ha visto las noticias? Lo atropellaron en la carretera de Los Chorros. Ya no va a tardar en venir por ahí.

La Actriz: Qué tiempos terribles son estos...

El Maestro Muerto saca su pedazo de queso seco y pan.

El Maestro Muerto: Todo buen teatro debe preciarse de tener un buen fantasma, así que terminado el ensayo, yo me regreso al mío. Al menos cada quien se queda en el suyo haciendo lo que le gusta.

El Maestro Muerto va saliendo.

El Maestro Muerto: Esto de un teatro en un centro comercial es...

La Actriz: Diferente

El Maestro Muerto: Ve, se lo dije. Hoy el teatro se mueve diferente.

La Actriz: El teatro. La vida no.

El Maestro Muerto: Tiene razón señorita, la vida no. La vida no...

El Maestro Muerto desaparece.

De algún lado el sonido de una gota y las aspas de un ventilador, por lo demás silencio.

Desde la platea, Ofelia y La Madre contemplan la escena. La Actriz, tocada con velos y guirnaldas, precipitadamente, en un vaivén de trapecios.

*Una luz blanca inunda la escena. Luego parpadea. Después apagón.
Sobre la oscuridad el vaivén del trapecio.*

**Textos tomados de Hamlet de William Shakespeare.*

***Textos tomados de Máquina Hamlet de Heiner Müller*

LA VIRGEN DE LA CUEVA

o La mujer del umbral

Personajes:

Rubenia, la hija

Rubenia, la madre

Sara, la abuela

María Josefa, la visión

Ambiente húmedo y oscuro que da la sensación de un encerramiento de años. Un bombillo de poca intensidad. Rumor de lluvia.

En su momento, un espacio enceguecedor que sólo existe en el recuerdo que, aparentemente, interactúan con el presente de Rubenia, la hija.

Huyendo de la habitación contigua, entra Rubenia, la hija, enredándose al paso con una silla de ruedas, en la que cae sentada. Respira. Avanza en la silla lentamente y con dificultad.

Rubenia, la hija: “Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, hágase tu voluntad...”

Cae un trueno.

Rubenia, la hija: "...perdona nuestras ofensas como nosotros
perdonamos a quienes nos ofenden... no nos dejes caer..."

Más truenos. El bombillo titila.

Rubenia, la hija: "... y libranos del mal." Amén.

Para de llover.

Rubenia, la hija se persigna y se levanta lentamente de la silla. Saca de un cajón una bolsa polvosa. Cae un rayo y se apaga el bombillo. En la oscuridad, busca fósforos y candelas que va encendiendo pausadamente.

En el espacio ennegrecido aparece Rubenia, la madre, sentada en la silla de ruedas.

Rubenia, la madre: ¡Rubenia! ¡Rubenia!

Vuelven los truenos y la lluvia.

Rubenia, la madre: Ya va a llover, Rubenia... va a llover y va a azotar todo... ¡Rubenia!... Va a llover fuerte y mucho... va a llover mucho... no creo que pare de llover... Nunca va a dejar de llover... con sapos y ranas va a llover...

Rubenia, la hija: *(Rezando, como si fuera una sola oración).* "Dios te salve María, llena eres de gracia. Que llueva, que llueva, la virgen de la cueva. Bendita tú entre todas las mujeres, los

pajaritos cantan, la luna se levanta. Bendito el fruto de tu vientre, Jesús. Que sí, que no, que caiga el chaparrón.”

Rubenia, la madre, desde su espacio, en la silla de ruedas intentando salir.

Rubenia, la madre: Que ya va a llover te digo... que ya va a llover, sorda... hacete la sorda... va a llover y va a azotar todo... ojalá se moje la cama y la ropa... la ropa sucia que tenés apiñada desde la semana pasada... desde el año pasado... desde hace diez años... desde hace veinte años... desde hace treinta años... La cama y la ropa sucia... puerca, condenada... ¡Güevona!... Eso es lo que sos, güevona... Te voy a encontrar, Rubenia, te voy a encontrar y te va a ir peor... Te va castigar Dios... Se te va a secar la mano... Cuando deje de llover y con que caliente un poquito el sol, te va a ir peor... Voy a salir a buscarte y te va a ir peor, condenada... que caliente un poquito el sol y voy a salir a buscarte, condenada, eso es lo que sos, condenada...

Rubenia, la hija: “...Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros los pecadores... que sí, que no, que caiga el chaparrón...”

Rubenia, la madre, desde su espacio en la silla.

Rubenia, la madre: Rubenia, ¿sos vos?... Si ya te oí, sos vos... Apurate, hay que entrar la ropa del patio... Ay no, gata condenada... ¿Quién te llamó?... Gata condenada... Fuera, fuera, a mojarte de la cola a las orejas... Ojalá te lleve la

correntada por vaga... Afuera... Qué me importa a mí, qué me importa... Rubenia, la gata está metiendo lodo en la casa y en la colcha y en la cama... Fuera, fuera condenada, a hacer porquerías a otro lado, condenada... condenada...

Sara, la abuela: ...que caiga el chaparrón con tule y tosarrón, con jugo de limón, carita de melón... ¡Vaya vel!, esas son palabras agudas, como las que enseñan en la escuela... melón, limón, tosarrón... tosarrón... To-sa-rrón... tosarrón... ¡Tosarrón, tosarrón, tosarrón!... que caiga el chaparrón...

Rubenia, la hija suspende los rezos y deja de encender candelas.

Rubenia, la hija: ¿Mamá Sara? ¿Mamá Sara?

Sara, la abuela: ...melón, limón, tosarrón... tosarrón... to-sa-rrón... ¡tosarrón, tosarrón, tosarrón!... que caiga el chaparrón...

Llueve.

Rubenia, la hija: Ahora sí se vino toda el agua del cielo, mamá Sara...

Rubenia, la madre, desde su espacio.

Rubenia, la madre: ¡Rubenia! Nadie te dio permiso de salir, cabrona, nadie te dio permiso de salir, cabrona, nadie te dio permiso... Ojalá te lleve la correntada por puerca, por puerca... eso es lo que sos, puerca...

*En algún lugar del espacio aparece María Josefa, la visión, etérea, “viejísima, ataviada con flores en la cabeza y en el pecho” *, acunando una oveja.*

María Josefa, la visión: “Ovejita, niño mío, vámonos a la orilla del mar. ¡Ovejita! Meee, meee, vamos a los ramos del portal... Ni tú ni yo queremos dormir. Vamos a los ramos del portal...” *

Sara, la abuela: Estas son palabras agudas ve... melón, limón, chaparrón, tosarrón... No tengás miedo mijita, la abuelita te va a tapar con la colcha para que no te de frío... “Que llueva, que llueva, la virgen de la cueva...”

Rubenia, la hija: “Ave María purísima sin pecado concebida...”

Rubenia, la madre retorciéndose en su silla.

Rubenia, la madre: Sacame de aquí, Rubenia, que la puerta se entrapa y no la puedo abrir...

Rubenia, la hija: “Ave María purísima sin pecado concebida...”

María Josefa, la visión, con la oveja entre los brazos.

María Josefa, la visión: “¿Vas a abrirme la puerta? ¿Quién eres tú?” *

Rubenia, la hija, ahora desde el pasado, adolescente.

Rubenia, la hija: Camilo... Camilo... ya vine... ya vine... Aquí... estoy aquí, Camilo. Traigo un dulce de higo en mi camisa... mirá... tocalo... está suave... ¿Verdad que sí?... probalo... probalo Camilo... vení... ¿Está dulce?... apurate, cogelo, quedátelo... ya me voy... ya va a llover...

Rubenia, la madre, en su silla, con movimientos bruscos y desesperados.

Rubenia, la madre: Puerca, cabrona, eso es lo que sos, cabrona... ya va a dejar de llover... Un día de tantos va a dejar de llover y te va a ir peor... te voy a salir a buscar, cochina, te voy a encontrar y te voy a quebrar el lomo, cochina... cochina... Te voy a quebrar el lomo, cochina... ¡Sara!... ¡Sara, vieja loca, dígale a esa cabra que le voy a quebrar el lomo por cochina!

María Josefa, la visión: “Como tengo el pelo blanco crees que no puedo tener crías. Mejor es tener una oveja que no tener nada.”*

Rubenia, la hija: ...es que si no le pongo bastante canela se enoja... bastante canela... tres rajitas, cinco rajitas... La llovedera la pone nerviosa... ocho rajitas... bastante canela, abuelita...

Rubenia, la madre: ¡Rubenia!... Dónde diablos se metió la condenada... No puedo salir... Rubenia, que se me enfrían las piernas y me duelen... Aquí apesta, Rubenia...

Sara, la abuela: "...que llueva, que llueva, la virgen de la cueva... que sí que no que caiga el chaparrón..."

Rubenia, la madre, en su espacio girando sobre la silla.

Rubenia, la madre: ...me duelen los huesos, Rubenia... no te vayás, mala perra... Ayúdame... aquí está que apesta y ya van a salir las ratas... Rubenia, ayúdame o te vas a ir al infierno, condenada... Sacame de aquí, condenada, eso es lo que sos... Al infierno, al infierno te vas a ir condenada... condenada... condenada... (*Cae de la silla*). ¡Maldita silla, condenada! (*Lanza la silla*).

María Josefa, la visión acuna la oveja para que no se asuste.

Rubenia, la hija, siempre desde el pasado, ahora niña.

Rubenia, la hija: Mamá... ¿por qué estaba llorando la gata anoche? ¿No oyó nada? Estaba llorando. Como si le dolía la panza. ¿Por qué, mamá? ¿Por qué estaba llorando la gata anoche? ¿Y la abuelita, mamá? ¿Por qué estaba llorando la abuelita anoche? ¿Tampoco oyó nada? Estaba llorando... como si le dolía la panza... ¿Y usted, mamá? ¿Por qué estaba llorando usted anoche, como la abuela y como la gata? ¿También a usted te dolía la panza?

Sara, la abuela: Me, melón, tosarrón, li, limón, chaparrón...

Rubenia, la hija, ahora niña más grande.

Rubenia, la hija: Abuela... abuelita... no le vaya a decir a mi mamá. La colchita amaneció manchada... Yo creo que la gata se recostó conmigo... No le vaya a decir a mi mamá. Va a mandar a la gata a la calle, y a mí me va a quebrar el lomo... Pero yo no hice nada. No me toqué ahí... Yo no sé por qué amaneció la colchita manchada. La gata se recostó conmigo, y a mí me dolía la panza...

María Josefa, la visión sigue acunando la oveja y Sara, la abuela, cantando.

Rubenia, la hija, un poco más grande.

Rubenia, la hija: Yo no hice nada... no hice nada... ni siquiera le hablo a ese bicho en la escuela... si él vino fue por la tarea, yo ni lo veo ni le hablo en la escuela... Si vino fue por la tarea...

Sara, la abuela, cantando, mientras María Josefa, la visión, con su oveja en los brazos va de un lado a otro, buscando.

Sara, la abuela: “Qué llueva, que llueva, la virgen de la cueva, los pajaritos cantan, la luna se levanta...”

Rubenia, la hija, un poco mayor.

Rubenia, la hija: Abuela... abuelita... no te quedés mirando así abuelita que me das miedo... abue... abuelita... La gata, la gata también te está mirando, abuelita... Hace mucho que no

venía la gata... abuelita... Mirame, abuelita, mirá que me voy poniendo bonita, como vos querías verme, bonita y solterita, y Camilo, abuelita, Camilo quiere casarse conmigo... Mamá Sara... movete abuelita... no te quedés mirando así que me das miedo... Abuelita...

Sara, la abuela: Ay, gatita gatota... gatita gatota... gatota viejota, gatita Sarita... gatota Sarota... Qué vieja te pusiste, gata vieja... Vieja, vieja como la Sara... como la Sara te pusiste de vieja... Gata loca... gata vieja... gata fiestera... Vámonos que ahora sí se acabó la fiesta... vámonos... ya no asustemos a la niña llorando en la madrugada... Gata vieja... gata loca... gata fiestera...

Rubenia, la hija, mayor.

Rubenia, la hija: Sara, Sara le voy a poner a mi niña, abuelita. Sarita como la abuela... ¿Verdad Camilo que si un día tenemos una niña, Sara le vamos a poner?

María Josefa, la visión: ¿Qué se hicieron estas mujeres? ¿Qué se hicieron? “¡Bernarda, cara de leoparda! ¡Magdalena, cara de hiena!”* ¿Qué se hicieron estas mujeres? ¿Por qué no las encuentro? ¡Se escaparon! ¡Se murieron!

María Josefa, la visión desaparece.

Rubenia, la madre ha atravesado el umbral de su espacio. Gira las ruedas de la silla que está volteada en el piso. La luz enceguecedora de

su espacio va inundando la escena. Sara, la abuela es tragada por la luz.

Rubenia, la madre: Los hombres no ponen un pie en esta casa, Rubenia, tu obligación es cuidarme... Cuidarme... Ni un pie, ¿me oíste?... Arrumacos, nada; cochinadas, nada; nada de nada... Me matás o esperás que me muera... ¿Entendiste?... Me matás o esperás que me muera hasta que deje de llover. Léperos, asquerosos... Nada, ni un pie en esta casa... Nada... Ni cascos ni pezuñas... Nada... Primero muerta antes que abrirle la puerta a un cerdo... ¿Me oíste?... Primero muerta antes que abrirle la puerta...

Rubenia, la hija nuevamente en su presente.

Rubenia, la hija: “Perdona a tu pueblo, Señor, perdona a tu pueblo, perdónalo, Señor...”

Rubenia, la madre: ...o a la calle, Rubenia, te echo a la calle chulona y reventada para que te vean... Qué me importa a mí que ya estés vieja y te pique el culo por coger... Qué me importa a mí... Hoy ya no están las naguas calientes de tu abuela... Si ochenta años tenés y yo sigo aquí tu obligación es conmigo, y la mía es cuidarte, cabrona...

Rubenia, la hija: “...perdona a tu pueblo, perdónalo, Señor...”

Rubenia, la madre: ¡Y nunca, nunca va a parar de llover!

Rubenia, la hija detiene, bruscamente, el girar de las ruedas de la silla. Rubenia, la madre, asustada y casi a rastras, regresa a su espacio enceguecedor. Rubenia, la hija desnuda su cuerpo viejo.

Rubenia, la hija: Camilo... Camilo... ya vine... ya vine... Aquí... estoy aquí, Camilo. Te traigo un dulce de higo en mi camisa... Mirá... tocalo... está suave... ¿Verdad que sí?... Probalo... probalo... Camilo... vení... ¿Está dulce?... Apurate, cogelo, quedátelo... Ya me voy... ya va a llover...

Rubenia, la madre, en su espacio, impávida. En la penumbra, Sara, la abuela baila apasionada alguna canción que sólo ella escucha mientras en el ambiente bala la oveja de María Josefa, la visión. El bombillo titila hasta apagarse.

Velas encendidas inundan el espacio. Rubenia, la hija se ha puesto una camisa blanca, percutida por el tiempo, que le queda notoriamente pequeña. Se ha soltado el cabello y en la silla de ruedas pasea una muñeca de trapo tamaño natural que se asemeja a Rubenia, la madre, pero que a la vez podría ser cualquiera de todas ellas.

Rubenia, la hija: Mamá... tenga cuidado... no cierre esa puerta tan duro que se trava... Voy por canela... no la cierre tan duro que se trava... Canela, para hacer unas torrejas por el aniversario de la abuela... vengo en una carrera antes que arrecie el agua... ¿Qué dice?... Casi no le oigo... ¿Que ya no puede abrir?... Es que no le oigo por el ruido de la lluvia en la lámina... Ya vengo...

Conduce la silla más rápido.

Rubenia, la hija: ...en una carrera, antes que arrecie el agua... ya vengo... Acuérdense de no cerrar tan duro esa puerta... tenga cuidado que se traba... Cuando venga le voy a hacer una agüita de canela para los nervios... Ya vengo, antes que arrecie el agua...

Corre.

Rubenia, la hija: ...antes que arrecie el agua... antes que arrecie el agua... Gata, gata loca, gata vieja, gata fiestera... Tenga cuidado con la puerta que se traba... tenga cuidado que se traba... Gatita Sarita, gatota Sarota, gata fiestera... Gata fiestera desde el más allá...

Estrella la silla contra la pared. Las ruedas no paran de girar.

Rubenia, la madre, desde un rincón de su espacio estrecho y enceguecedor.

Rubenia, la madre: ¡Rubenia, mala perra!... Sacame de aquí, las ratas, las cucarachas, mala perra... Te vas a ir al infierno, condenada... Condenada... Se me helan los huesos, Rubenia... Ya va a pasar el invierno, maldita, y te va ir mal... Sacame de aquí, maldita, las ratas, las cucarachas... “Honrarás a tu padre y a tu madre”, Rubenia... Sobre todo a tu madre, cabrona, que tata puede serlo cualquiera... Rubenia... los huesos... las ratas... me tocan las ratas... se

me suben las ratas, las cucarachas... Rubenia, las ratas...
Hija... el frío... los huesos... Hijita... hijita... hijita mía...

Rubenia, la hija, joven de nuevo.

Rubenia, la hija: Camilo, ¿sabés por qué lloraba la gata? Porque el gato la lastimaba. ¿Y sabés por qué lloraba la abuela, Camilo? Porque el abuelo se le había ido adelante y a ella le dolía la panza. Y mi mamá, Camilo, ¿sabés por qué lloraba mi mamá, Camilo? Porque un hombre se le trepaba en la cama y la golpeaba y le tapaba la boca y le rompía la falda... Camilo, a veces a mí también me duele la panza...

Rubenia, la madre: Ni arrumacos ni besitos... Ni arrumacos ni besitos... Nada... Nada... Ni palabras bonitas... Nada... Ni arrumacos ni besitos... Nada...

Rubenia, la hija: No puedo irme, Camilo... no puedo dejarla ahí... No me preguntés... no me preguntés, sólo no puedo dejarla... Es que hice algo, para venir a verte hice algo que no te he dicho... No me preguntés, Camilo, no me preguntés... No voy a decirte... Pero me seguirían sus gritos cuando llueva... hasta nuestra cama y nuestra hija... hasta la Sarita... hasta el frío... No puedo dejarla ahí, Camilo, no puedo...

Rubenia, la madre: Rubenia, estúpida... mala perra... perra vieja... Ese te va a dejar tirada después que le abrás las patas...

Rubenia, la hija: ...otras veces siento una punzada aquí... cuando está lloviendo poquito y estoy envuelta en la cama... ¿Y te digo algo, Camilo?... Me toco... y siento el sabor a higo y el olor a canela, y me toco y pienso en mi abuela... Ella era joven, bailaba... se enamoró del abuelo y él la besaba a escondidas en la puntita de la oreja... Y siento el sabor del higo y la canela... del higo y la canela... Y el abuelo también la amaba y una noche se la llevó muy lejos envuelta en una frazada colorada... Y entonces, la miel del higo chorrea debajo de mi camisa y estás vos probándolo con los dedos...

Rubenia, la madre: ¡Mala perra! ¡Mala perra!

Rubenia, la hija: ...y la canela hierve y yo corro con el pelo suelto y mi mamá grita, encerrada... ¿Me vas a esperar, Camilo?... Yo llego no más pueda, voy a hablar con ella, hablo con ella y te alcanzo como la abuela alcanzó al abuelo y nos vamos lejos y comemos dulce de higo y canela... Camilo, a la niña, ¿le vamos a poner Sarita, como la abuela?

Rubenia, la madre: Ningún hombre, Rubenia... Ningún hombre pone un pie en esta casa, estúpida, desgraciada... Si encerrada me querías, encerrada me vas a tener, pero vos encerrada conmigo... Así tengás ochenta años tu obligación es conmigo... y ahí me vas tener mí para cuidarte... Ni un hombre, Rubenia, no mientras yo viva... Ni uno... Ni uno... ¿Me entendiste?... Ni uno.

Rubenia, la hija: Sarita... cómo quisiera que vieras el arcoíris, amor... Amor también es una palabra aguda como las que te enseñarían en la escuela... Melón, turrón, corazón, chaparrón, tosarrón... No, tosarrón no existe, es una palabra inventada de la abuela... de mi abuela, Sarita, no de tu abuela... de nuestra abuela...

Rubenia, la madre, en su espacio, en equilibrio sobre su silla de ruedas.

Rubenia, la madre: No tenías que encerrarme, maldita, maldita... Las ratas... las cucarachas... Se me suben en la falda, en las piernas... Me tocan, me lamen, me raspan... Van a morderme, Rubenia, van a comerme... Me tiemblan las piernas... los huesos, me duelen los huesos... Abrime, Rubenia... Rubenia... tengo que salir... saltarme la tapia... correr... Van a morderme... a llenarme de baba... a lamermme... Tengo que saltarme la tapia, vos no vas a regresar... me encerraste, te escapaste, jodida y no vas a regresarte... Tengo que cuidarte, hijita, así tengás ochenta años, yo voy a estar para cuidarte. *(Vuelve a sentarse en la silla)*. Ya no voy a levantarme de esta silla, maldita... me jodí la cadera por tu culpa... Todos los huesos por tu culpa... Condenada, ahora si estás condenada, al infierno vas a ir a parar... Tenía que saltarme la tapia y salvarme y seguirte y regresarte aunque fuera de las mechas, desgraciada... En esta silla, cabrona, en esta silla vas a tener que traerme y llevarme... hasta que me muera...

Rubenia, la hija: “Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa...”

Sara, la abuela: Te pusieron Sarita como tu abuela... ¿Y ella dónde está? Jugando con la gata. ¿Y la gata dónde está? Jugando pizpisigaña... Ah, gata vieja, viejita viejita... ¿Anoche a vos también te dolía la panza?... Vení, Sarita, sobale la panza a la gata y a esta tu abuela...

María Josefa, la visión aparece cargando su oveja.

María Josefa, la visión: “¡Ovejita! Meee, meee. Vamos a los ramos del portal de Belén. La puerta sola se abrirá y en la playa nos meteremos en una choza de coral. Me escapé. Yo tengo que marcharme, pero tengo miedo que los perros me muerdan. ¿Me acompañarás tú a salir del campo? Yo quiero campo. Yo quiero casas, pero casas abiertas... Mejor es tener una oveja que no tener nada. Como tengo el pelo blanco crees que no puedo tener crías, y sí, crías y crías y crías... y todos con el pelo de nieve seremos como las olas, una y otra y otra. Luego nos sentaremos todos, y todos tendremos el cabello blanco y seremos espuma. ¿Por qué aquí no hay espuma? Aquí no hay más que mantos de luto. ¡Ranas sin lengua! Ovejita, niño mío, vámonos a la orilla del mar. La puerta sola se abrirá y en la playa nos meteremos en una choza de coral”.* *(Avanza hasta el umbral. Se detiene frente a él).* ¿Qué se hicieron estas mujeres? ¿Qué se hicieron? “¡Bernarda, cara de leoparda! ¡Magdalena, cara de hiena!” ¿Qué se hicieron estas mujeres? ¿Por qué no las encuentro? ¡Se escaparon! ¡Se murieron! “Yo me quiero casar. Mejor es tener una oveja que no tener nada”.

Desde el umbral, espera.

Ha dejado de llover. Se cuele un poco de luz. Rubenia, la hija termina de poner las últimas velas encendidas mientras reza. Sara, la abuela baila su canción apasionada. Rubenia, la madre gira en su silla de ruedas.

Rubenia, la hija: “Santa María madre de Dios ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte, ahora y en la hora de nuestra muerte.” Amén. *(Recoge la muñeca, la sienta en la silla de ruedas y le habla).* Sólo quería hablar con usted... Camilo me está esperando desde hoy... desde ayer... desde hace algunos años... desde hace muchos años... Me aflige porque le dije que sólo hablaba con usted y lo alcanzaba... Se fue en el último bus de la tarde... hace treinta años o un poquitito más... me debe estar esperando en la ciudad... así que lo siento... no puedo quedarme más... La abuela me diría que está bien... que hasta mucho me tardé, que aquí ya no tengo nada más que hacer por usted... Ya cumplí, como usted quería, hasta que dejara de llover. Quiero aprovechar el tiempo... aprovechar que todavía no tengo los ochenta años que usted me decía... ¿No me va a decir nada?... ¿puerca, perra, condenada? ¿Nada? No verdad, hoy ya no puede decirme nada, ni gritarme ni nada... Voy a dejar la puerta abierta, si quiere seguirme, sígame, porque hoy no voy a regresarme como ese día, con el pelo suelto y mi camisa blanca oliendo a higo y a mujer... Camilo me está esperando y la Sarita también... Ella está enojada, ya no va a poder nacer... No sé si se acabó el invierno, pero ha dejado de

llover así que voy a aprovechar la escampada... Le aviso para que lo sepa... No me llevo nada... desnuda y reventada, como usted quería... desnuda, vieja y reventada... Sólo esta camisa blanca... Ya no me queda, pero todavía huele a dulce de higo y a canela... Ahí le dejo una agüita para los nervios, por si quiere... ¿Cree que Camilo todavía me esté esperando?... ¿no verdad?, por eso se queda callada. Pues no me importa, de todos modos voy a ir a ver... *(Va a salir. Se detiene)*. Yo de verdad hubiera querido, no sé, algo diferente... para usted, para la abuela, para la gata, para la Sara... para mí... ¿Por qué me mira así?... Yo cumplí, hasta su último día, hasta su último aliento, hasta su último grito, hasta que se murió y dejó de llover. No me mire así que me da miedo... Yo no tuve la culpa... ese día yo iba a regresar... no iba a dejarla ahí encerrada... cuando tranquilé la puerta nunca pensé en las ratas, en las cucarachas, en que del miedo y la rabia usted iba a saltar... Sabía que me iba a regresar, no iba a poder dejarla ahí... sólo quería sentir que podía, dejar de ser un semejo de mujer atravesando el umbral. Pero no soy una mala perra... nunca lo fui... y no estoy condenada... sé que no estoy condenada, ni por encerrarla aquella tarde ni por irme ahora... Entiendo su odio y su dolor, pero no tenía que volverlo contra mí. Yo nunca le hice nada, sólo nacer... Ya me voy, ahí le queda su silla por si acaso... No se aflija, igual ya está muerta... mañana alguien va a encontrarla, se lo aseguro, por eso dejo la puerta abierta y las velas encendidas... Si no me voy ya puede volver la lluvia y la culpa y quizás no me vaya nunca... Luego me entero de dónde quedó enterrada... Si pudiera acercármele, le cerraría

los ojos... Si pudiera abrazarla, la taparía con la colchita vieja para que no le duela la panza... Y si pudiera besarla, no lo haría... Ya me voy, dice la abuela y la gata que Camilo y la Sara me están esperando en una ciudad lejana... (*Se persigna*). “Dios te Salve, María, llena eres de Gracia. Bendita tú entre todas las mujeres y bendito el fruto de tu vientre Jesús...”

Lanza un fósforo. Sara, la abuela baila su canción. Rubenia, la madre huye en su espacio enceguecedor. María Josefa, la visión, arreando de prisa la oveja, sale. La casa arde. Un olor a higo y canela flota en el ambiente.

**Textos tomados de La casa de Bernarda Alba de Federico García Lorca.*

SOBREVIVIENDO A MEDEA

o La mujer de la daga

Personajes:

La hija

El hijo

Medea

Espacio vacío.

El hijo: Se metió en mi cuarto, me sacó de la cama, me dijo que no me entretuviera, que me apurara y que llevaba consigo una daga.

La hija: ¿Una daga?, me dijo, ¿en qué tiempo creés que estamos?, ¿quién tiene hoy en día una daga?

El hijo: Tuve que goglearla para asegurarme que no hubiera otra cosa que también se llame daga.

La hija: Sos un tonto

El hijo: Con la cara con que apareciste en mi cama a quién se le iba a ocurrir que era una broma

La hija: ¿Una broma o una trampa?

El hijo: ¿Una trampa?

La hija: Para ver si caías de bobo

La hija: Me metí en su cuarto, lo saqué de la cama, le dije que no se entretuviera, que se apurara y que llevaba conmigo una daga

El hijo: ¿Una daga?

La hija: Una daga, una daga, ¿en qué idioma estamos hablando?

La hija: Supe que en cuanto pudiera iba a guglearla, no fuera que la loca de su hermana conociera otra acepción de la palabra

El hijo: Daga. Una daga es una daga

La hija: Desde el inicio de los tiempos hasta el fin

El hijo: ¿En qué tiempo crees que estamos?, ¿quién tiene hoy en día una daga?

La hija: Es un bobo, así es mi hermano. Cayó en la trampa.

El hijo: Me sacó de la cama con una cara que me temblaron los huesos y me levanté sin pensarlo. El corazón latiendo, acelerado. Me puse encima una toalla, agarré el celular y tratando de despertarme le dije, ¿qué diablos pasa? Mientras sin saber por qué ya iba tras ella, sudando.

El hijo: ¿Qué diablos pasa?

La hija: ¿Que qué diablos pasa?

El hijo: Sí. ¿Qué diablos pasa?

La hija: Hay que irnos. Eso pasa.

La hija: Huyendo. Errantes. Niños perdidos tomados de la mano. Lobeznos. Cachorros. Prófugos de la manada.

El hijo: Nunca me pasó lo de Pedrito y el lobo. Siempre caía en la trampa.

La hija: Desde niño lo asustaba, lo engañaba. Siempre tan impresionable y tan crédulo.

El hijo: ¿Qué diablos pasa?

La hija: Se levantó de la cama con los ojos desorbitados. Dispuesto a seguirme. Sudaba. El corazón latiendo, con una toalla enrollada en la cintura y el celular en la mano.

La hija: Hay que irnos, eso pasa.

El hijo: Fue hasta que nos escondimos que pude decirle lo de la daga, que en la carrera la venía guleando, y su risa, al decirme de la trampa, me secó un poco el sudor.

La hija: En la habitación prohibida de la casa no podrían encontrarnos pues nadie supondría que habíamos traspasado el límite. Nadie. Ni yo misma.

El hijo: Hasta que estábamos adentro tomé conciencia de dónde estábamos.

El hijo: No deberíamos estar aquí.

La hija: Callate

El hijo: Estaba tratando de echar llave desde adentro

La hija: Habíamos traspasado el límite. Todos los límites posibles se estaban traspasando hoy.

El hijo: No deberíamos

La hija: Callate

El hijo: Si nos encuentran...

La hija: Aquí no van a encontrarnos

El hijo: Si nos encuentran nos matan

La hija: Eso mismo. Nos matan.

La hija: La mente del niño hace todo más grande. La casa no era más que una casa, la noche no era más que una noche, la habitación prohibida de la casa no era más que nada...

El hijo: Mientras la recordamos, la recordamos tan grande, tan oscura, tan callada...

La hija: Tan inmunda

El hijo: Tan secreta...

El hijo: ¿Qué diablos pasa?

La hija: ¿No podés preguntarme otra cosa?

El hijo: ¿Te parece? Si me sacaste de la cama y no entiendo nada

La hija: Tengo una daga...

El hijo: Sí, y en qué tiempos creés que estamos, te dije. ¡¿Quién diablos tiene en estos tiempos una daga?!

La hija: ...o una pócima o una manzana envenenada o una corona de espinas que mata

El hijo: Esto es una trampa

La hija: Mamá va a matarnos.

La hija: Había una vez una mujer hermosa casada con un hombre intrépido, que habiéndola sacado de una vida inmunda y salvaje, se la llevó a su reino. Ella, segura y enamorada, dejó familia, bienes y casa. Cuando pasó el tiempo, él conoció a otra mujer más joven y más bella, y como hacen todos los hombres intrépidos en tales circunstancias, engañó a su esposa. Para él, nuevas fiestas, nuevas nupcias; para ella la humillación, la traición, el abandono y el desencanto. Pero ella, en su pecho salvaje y apasionado, dio cabida al odio y al resentimiento, y de su llanto desmedido, mal presagio se auguraba. Como hembra era bella y era bestia, así pues, no actuó contra natura. Manto y diadema en veneno preparados mandó con sus mismos hijos como regalos de boda a la nueva esposa, obsequios malditos que en segundos arrebataron la vida a su enemiga. Esto es poco, sin embargo, si llegamos de inmediato al final de tan antiguo cuento. Los hijos, vástagos de tan impropio marido, serían el castigo perfecto para su traición imperdonable. No seré la risa de mis enemigos, decía mientras lloraba, no tengo casa, no tengo familia, no tengo marido, no tengo nada. Una daga, una espada, nada hay para salvarlos. La muerte arrebató a los pequeños de los mismos brazos de su madre donde antaño ella misma los acunara. Al final de este cuento doloroso no se lee: “Y vivieron felices para siempre”, este cuento es más antiguo que las hadas. Sin embargo, perduran hasta hoy el dolor de aquel pobre padre y la barbarie horrorosa cometida por la madre.

El hijo: Me quedé anonadado. Era una mezcla de mito y cuento de brujas malvadas.

La hija: Como siempre caía en la trampa, no dijo nada.

El hijo: ¿Mamá va a matarnos?, me preguntó

La hija: Listo. Me escuchaba.

El hijo: Nunca me pasó lo de Pedrito y el lobo. Así que, como siempre, tuve miedo.

La hija: De repente una idea lo iluminó

El hijo: Ahí no dice que los niños de este cuento seamos nosotros. Ni siquiera sabemos si son dos y si son una hija y un hijo.

La hija: En ese tiempo el lenguaje no era inclusivo y al decir los hijos se daba por sentado que, en ese género patriarcal, la niña estaba incluida y esa niña soy yo

El hijo: Pero papá no ha engañado a mamá con una mujer

La hija: No, con muchas

El hijo: Entonces no es papá

La hija: Pero ahora, mamá está cansada y va a ponerle punto final al asunto

El hijo: Entonces no es mamá

La hija: Aquí debería contarse las infinitas veces que papá la ha golpeado. Que le ha gritado, que le ha quitado la ropa a la fuerza, que le ha tirado la comida, que se ha reído de ella, que le ha prohibido que salga, que la ha celado, que le ha dicho que nunca la ha amado.

El hijo: Aquí debería contarse las veces cansadas que mamá ha llorado. Que se ha tapado los ojos y los oídos, que ha huido, que se ha escondido, que se ha quedado en silencio, encerrada

en sí misma, que ha deseado la muerte de él o de ella misma.

La hija: Pero no, no se cuentan esas veces

El hijo: Esas veces, no se dicen.

La hija: Como tampoco se dicen las veces en que la hija y el hijo, lloran y tiemblan y huyen y se esconden y temen y olvidan y crecen y sufren y esperan y odian y aman y no entienden y se culpan y se callan y deciden y se alejan y matan y mueren.

El hijo: Pero papá no ha engañado a mamá con una mujer

La hija: No, con muchas

El hijo: Entonces no es papá

La hija: Pero ahora mamá está cansada y quiere ponerle punto final al asunto

El hijo: Entonces no es mamá

La hija: Mamá va a matarnos

El hijo: No va a matarnos

La hija: Va a matarnos

El hijo: No te creo.

La hija: Dijo no te creo por primera vez en su vida

El hijo: Dije, no te creo, y no creía que lo hubiera dicho

La hija: Ella también se llama Medea.

Medea: “¿Qué hago, mujeres, qué hago? Mi corazón desfallece cuando me encuentro con la luminosa mirada de mis hijos.... ¡No puedo más!... ¿Por qué ha de ser que, para herir a su padre con el infortunio de estos niños, haya yo de sufrir dos veces la misma

amargura? ¡Eso no; yo no!... Más, ¿qué me pasa? ¿Voy a ser irrisión de mis enemigos y ellos van a quedar sin castigo? ¡Hay que tener osadía!... No flaqueará mi mano... ¡Ah, ah, corazón mío, no tú! ¡No llegues a consumir tal crimen! Deja que vivan, desdichada; sé indulgente a tus hijos... ¡Nunca de mí se diga que yo dejé a mis hijos a las burlas y desdenes de mis enemigos! ¡Mueran, fuerza es que mueran y es urgente que yo que les di la vida, les dé también la muerte! ¡Todo me empuja a eso: retroceder no puedo!” *

El hijo: ¿Y eso qué?

La hija: Se llama Medea, ¿no te das cuenta?

El hijo: Me vas a decir que eso significa...

La hija: Significa lo que significa

El hijo: Menos mal no me llamo Jack o Hannibal o Adolf, en el peor de los casos

La hija: ¿Confiarías en alguien que se llame Judas o Caín?

El hijo: No es lo mismo

La hija: ¿El qué no es lo mismo?

El hijo: Confiar en alguien con ese nombre o pensar que alguien solo porque se llama así va a hacer lo mismo que el otro

La hija: No digo que ella se llame como la del mito sino que ella es la del mito

El hijo: ¿Y nosotros sus hijos?

La hija: Sobrevivimos

El hijo: No te creo

La hija: Y se conectó a *Google* en su celular

El hijo: ¿Hace cuánto tiempo pasó eso?

La hija: Apenas le alcanzaba su cultura general

El hijo: ¿Quién diablos lo escribió?

La hija: Le temblaban las manos

El hijo: ¿Estaría basada en un hecho real?

La hija: Pensó en la daga

El hijo: Siempre caigo en la trampa

La hija: Pero esta vez no era una trampa

El hijo: ¿Sófocles?

La hija: Eurípides

El hijo: Ella era Medea

La hija: Y nosotros sus hijos sobrevivientes

El hijo: ¿Va a matarnos?

La hija: Hubo una vez una mujer hermosa casada con un hombre intrépido que un día de tantos se burló de ella y la engañó. En su resentimiento, la hembra que era bestia, decidió vengarse y mató a la mujer con quien la engañaba, envenenando un manto y una diadema. Pero la furia que sentía y los daños en su

interior no se aquietaron y arremetió contra sus propios hijos, que eran al mismo tiempo hijos del intrépido marido. Los abrazó y los mató. Ahora pena, amargamente, la condena inolvidable de sus actos.

La hija: Así actuaban las mujeres y los hombres de aquel tiempo

El hijo: Así actuaban...

La hija: El sentido del honor era más alto

El hijo: El sentido del honor...

La hija: Ahora matamos por más o por menos

El hijo: Por más o por menos...

La hija: La lealtad ya no significa nada

El hijo: Nada.

La hija: Y la familia, mucho menos

El hijo: Menos.

La hija: Tengo una daga

El hijo: ¿Qué daga?

La hija: Una que defiende y que mata

El hijo: Estás loca

La hija: ¿Ya no vas a preguntarme en qué tiempo estamos?

El hijo: Quién tiene en estos tiempos una daga

La hija: Yo

El hijo: ¿Qué está pasando?

La hija: Nos protegemos

El hijo: Somos los hijos de Medea

La hija: ¿Y?

El hijo: Estamos muertos

La hija: ¿Entonces me creíste?

El hijo: ¿Es una broma?

La hija: Es una trampa

La hija: Fui a despertarlo abruptamente en la madrugada, sabía que no iba a dudar en seguirme, aunque no entendiera nada. Tenía que decírselo y tenía que salvarnos. No iba a dejar que nadie se diera cuenta por otro lado, aunque quizás, si yo no lo decía, jamás nadie se habría enterado. Y tal como lo imaginé, se enrolló en una toalla, agarró el celular, como es la manía de esta época, y se pegó, miedoso, a mi lado. En su aflicción no se percató que yo no estaba en pijama.

El hijo: ¿Habías salido?

La hija: Ni que tenía la cara maquillada

El hijo: ¿Dónde andabas?

La hija: Ni de las manos manchadas

El hijo: ¿Qué diablos pasa?

La hija: Eso ya me lo habías preguntado

El hijo: ¿Qué has hecho?

La hija: Defenderme

Medea: “¡Amadísima mano, amadísima boca, linda figura y porte de mis hijos! Felices sed, pero allá abajo... aquí, vuestro padre ha arrebatado la dicha de que gozar pudisteis... ¡Dulce abrazo,

delicada piel, suavísimo aliento de mis hijos!... No puedo veros ya: me abate el dolor. Será un horrendo crimen el que yo intento... pero mi furor se sobrepone a mi juicio. ¡Es la ira la fuente de los mayores males para el hombre!”*

La hija: Ella es la madre desnaturalizada que sucumbió a los celos y no le importó más nada

El hijo: Ella es la madre que prefirió la muerte de sus hijos a su propia humillación

La hija: Ella es la madre que no merecía ser madre

El hijo: Ella es la madre que no merecía ser amada

La hija: Ella es el borrador de una mujer con una daga que mata.

El hijo: Hay algo que no cuadra

La hija: ¿Qué no cuadra?

El hijo: Esta historia se escribió en el año 431

La hija: 431 antes de Cristo

El hijo: Y nosotros estamos aquí

La hija: ¿Qué no cuadra?

El hijo: Las fechas, es humanamente imposible

La hija: Es virtualmente posible

El hijo: Nosotros no podemos seguir existiendo

La hija: Hemos traspasado los tiempos

El hijo: Eso es un mito

La hija: Eso es un mito. Goglealo.

El hijo: Mito: “Historia fabulosa que narra acciones de seres que encarnan, de forma simbólica, fuerzas de la naturaleza o aspectos de la condición humana; que altera las verdaderas cualidades de una persona o de una cosa y les da más valor del

que tienen en realidad.”

La hija: Somos los hijos asesinados por una madre que es la “barbarie” y un padre que es la “razón”. Somos las víctimas que se recuerdan por el horror de un hecho inmediato cometido por la víctima del horror. Eva le dio a Adán la manzana, “él sólo la comió”. Ella es el crimen, él es la omisión. Ese es el mito. La loca, la pervertida, la desnaturalizada, la bruja, la semejante hija de puta.

El hijo: ¿Por qué estás vestida así?

La hija: ¿No te habías dado cuenta?

El hijo: ¿Dónde andabas?

La hija: Pensaba irme de farra.

El hijo: ¿Y esa daga?

La hija: ¿Para qué se ocupan las dagas?

El hijo: No me hables más en acertijos que no te entiendo nada

La hija: Era la usanza de los griegos

El hijo: Pues nosotros no somos griegos y no los usamos

La hija: ¿Seguro que no entendés nada?

El hijo: ¿La mataste?

La hija: ¿A quién?

El hijo: A Medea

La hija: ¿A mamá?

El hijo: Sí, a ella

La hija: Ella es la víctima, no el horror.

El hijo: ¿Qué hiciste? ¿Dónde fuiste?

La hija: Viajé en el tiempo

El hijo: Sin acertijos

La hija: Busqué el momento en el cual se conoce con la amante y atrasé las páginas. Busqué el borrador de aquel instante. Me encontré con él antes que ella y le advertí la tragedia de su engaño.

El hijo: Ya no juego

La hija: Es en serio

El hijo: Ya no juego. Háblame claro.

La hija: Le dije, no es justo que engañe más a mi mamá ni que piense abandonarla. Se me quedó mirando. Ella ha hecho de todo por usted y no merece su maltrato. ¿De qué me estás hablando?, me preguntó. Si ya no la quiere tenga el valor de decírselo. Pensé que iba a golpearme. Has crecido, me dijo con sorna. Mi hermano y yo lo sabemos todo: las veces que la ha humillado, que la ha golpeado, que la ha abusado... Me pasó la mano por el pelo y me miró la falda. Míreme bien que soy su hija, le dije, ¿también me va a hacer a mí lo que de niño le hacía a mi hermano? Me reventó la boca y me tiró al suelo. Su baba y su semen me mancharon. Entonces entendí a Medea porque el odio y la venganza se encontraron con la daga. Y pasé las páginas mientras él se desangraba. Volví, me metí al cuarto de mi hermano, lo levanté, hay que irnos le dije, mamá va a matarnos...

El hijo: ¿Te ha violado?

La hija: Está muerto por mis manos

El hijo: Estoy hablando en serio. ¿Te ha violado?

La hija: Afuera se está desangrando
El hijo: Contestame
La hija: Puede que lo haya matado
El hijo: Por él, bien sabés que me da igual
La hija: Mamá va a matarnos
El hijo: Tiene que saberlo
La hija: Va a matarnos.
El hijo: No va a matarnos.
La hija: No quiero quedarme a comprobarlo
El hijo: Hay que decirle todo
La hija: ¿Todo?
El hijo: Hay que afrontarlo
La hija: Va a matarnos
El hijo: El juego es el juego, pero esta es la verdad
La hija: No va a creerme
El hijo: Tiene que saber lo que ha pasado
La hija: Ahí viene
El hijo: Tiene que echarlo de la casa
La hija: ¿Y si está muerto?
El hijo: Entonces deberá protegernos
La hija: No va a creernos
El hijo: Si no se lo decis vos se lo digo yo
La hija: Va a odiarme

Medea: “Una mujer hubo antaño -¡fue una sola!- que dicen ella misma mató a sus hijos.” * Su nombre es Medea.

El hijo: Mamá, papá te engaña
La hija: Eso ya la sabe ella

El hijo: Te engaña desde hace muchos años

La hija: Eso siempre lo ha sabido

El hijo: Me abusaba de niño para que no me
hiciera marica

La hija: No va a creernos

El hijo: Hoy ha violado a mi hermana

La hija: Callate

El hijo: La ha violado en nuestra propia casa

La hija: No digás nada

El hijo: Mamá, ¿me estás escuchando? ¿No pensás
hacer nada?

La hija: Aquí debería verse cómo nos abrazamos. Nos protegemos.
Quizás lloramos. Huimos juntos de la casa del infierno. Y no
callamos más todas las verdades nunca dichas.

El hijo: Aquí debería verse cómo llamamos a la policía y lo detienen y
se lo llevan y nos curamos e intentamos juntos otra vida.

La hija: Pero eso todavía no se ve en esta escena

El hijo: En esta escena no se ve eso todavía

La hija: En la escena que se mira la madre duda, reclama, golpea.
Acusa, llora, blasfema, repudia, niega.

El hijo: En esta escena, la madre se rehúsa, condena; entiende
muchas cosas, las miradas, los silencios, las salidas, las
huidas.

La hija: Ahora entiende, aclara sus sospechas, no quiere saber nunca
lo que ha sabido siempre. Teme, se horroriza, se juzga, se
culpa, se calla.

El hijo: Se descubre con tanto miedo y con tanta vergüenza que no
sabe cómo vivirá en adelante su vida.

La hija: En esta escena, la madre sigue matando a sus hijas y a sus hijos porque se descubrió mujer muerta desde que era una niña.

El hijo: Papá ya no está en la casa

La hija: Nos odió tanto

El hijo: Se ha ido.

La hija: Nos maldijo

Medea: “¡Mano infeliz, empuña, empuña ya la espada! Deja la cobardía, no razones que tus hijos son tan amados y de ti recibieron la vida. Por un día breve olvida que son tuyos y, cuando los hayas matado, llorarlos puedes...”*

La hija: Se lo dije con suficiente tiempo. Mamá iba a matarnos.

El hijo: De nuevo caí en la trampa

La hija: Estaba tan claro, historia escrita por hombres no la cambian las mujeres. Gúglealo. Medea fue abandonada y su humillación fue más fuerte que sus hijos. De él no se sabe absolutamente nada, pero de ella perdurará su mitad bárbara, neurótica, instintivamente desnaturalizada.

El hijo: Hay tantas formas de matar a los hijos

La hija: Así son los griegos y sus acertijos

El hijo: Así son

La hija: ¿Qué hacemos con la daga?

El hijo: ¿Quién tiene en estos tiempos una daga?

La hija: Por fin estamos de acuerdo

Ambos: Era mejor huir.

**Textos tomados de Medea de Eurípides.*

La escritora emerge mientras termina su escrito.

Teclea: Cuentan que a la sombra de un viejo sauce, una mujer de velos y guirnaldas se mece en su columpio mientras una madre juega amorosa con su hija y con su hijo, y una oveja corretea libre por el campo.

Saca la página. Relee. Se pierde en sus pensamientos.

En el espacio, el columpio vacío y la oveja muerta.

Los Del Quinto Piso

15 años de Teatro

Publicación al cuidado de Jorgelina Cerritos y Víctor Candray
El Salvador, 13 de octubre, 2022